

preceptos en que estriban toda la Ley y los Profetas, no se den punto de reposo en regocijar y ayudar á la Iglesia de Dios.»

Esta apostólica y caritativa actividad de las Congregaciones Marianas en todos los ramos de la vida privada y pública, es quizás una de las principales causas que hicieron excluir á las mujeres de poder ingresar en esta institución dilatada por todo el mundo. Las Congregaciones no debían ser simples asociaciones de oración. La mujer, principalmente destinada por la Divina Providencia al silencio y tranquilidad del hogar, no podía ni debía introducirse en el torbellino de luchas y de embates en que las Congregaciones se movían. Únicamente hacia mediados del siglo XVIII, permitió la Silla Apostólica la formación de agrupaciones de esta clase para casadas y solteras. ¡Hagan ellas el bien que puedan!

Esforzarse cada cual en adquirir la perfección cristiana en su respectivo estado, de lo cual se sigue la reforma apostólica de cada uno de éstos ó de su conjunto, es lo que constituye, según hemos indicado antes, el doble y más alto fin de la Congregación Mariana.

Y no puede ser de otro modo. La Congregación Mariana es la encarnación viva, la personificación, podemos decir, del culto de la Madre de Dios. Este, pues, como tiene en Cristo su principio, así también tiene en Cristo su término. Su fruto natural y sazonado es, por tanto, la santidad, y de un modo especial, la santidad apostólica. Conviene que aclaremos algo más esta doble verdad, y que la examinemos más de cerca; pues es la que nos descubre el secreto de la vida de la Congregación, y la que pone de manifiesto el por qué de la áurea pragmática que encabeza su gloriosísima historia.

Las « devociones, » que sucesivamente vemos aparecer en el transcurso de la historia de la Iglesia, y que produjeron y producen muy á menudo movimiento inusitado y especial, tanto en la vida pública como en la privada de la cristiandad, no deben considerarse únicamente como simple excitación, más ó menos voluntaria, del subjetivismo religioso, algo así como pasajera fosforescencia producida en las ondas del mar espiritual de la Iglesia. Son obras del Espíritu Santo, el cual hace resaltar aquí y allá, alumbrando durante cierto tiempo con más viva lumbré, ora uno, ora otro de los dogmas revelados ó de los misterios de la Religión. Puede también asegurarse, que son medios divinos que sirven para dirigir á aquellos dogmas y á aquellos misterios las miradas y el corazón del género humano; haciendo brotar así de los antiguos montes nuevas fuentes, donde millones de